

WARHAMMER®
AGE OF SIGMAR



LUMINETH
SOBERANOS
DALE LUCAS

minotauro



LUMINETH SOBERANOS

DALE LUCAS

minotauro

Lumineth Soberanos

Published by Black Library, 2020
Copyright © Games Workshop Limited
Originally published as *Realm-Lords*

Realm-Lords, Lumineth Soberanos, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito Navarro, 2023
Imagen de cubierta: Vladimir Krisetskiy

ISBN: 978-84-450-1507-0
Depósito legal: B. 13.421-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO UNO

Ferendir resbaló con las piedras sueltas diseminadas por el suelo seco. Primero se fue hacia delante, pero se excedió al intentar compensar el súbito movimiento, echando el peso de su cuerpo hacia atrás, y se volvió víctima de los efectos de la firme e inexorable gravedad. No hubo margen de corrección: en cuanto se produjo la caída, la empinada ladera salpicada de árboles estuvo a punto de expulsarlo de su cara fría y marchita como si le resultara repugnante. Desesperado, Ferendir movió los brazos como si fueran molinos con la esperanza de salvarse de un doloroso impacto y un inmisericorde descenso por la escarpada pendiente. Un poco más adelante, por encima de él, vio a su maestro, Serath, que se había vuelto para mirarlo.

Sin duda, eso era lo peor: no el resbalón ni la caída, ni siquiera el inminente impacto, sino la mirada gélida y escrutadora de Serath y su silenciosa reprobación.

Entonces, una ligera presión en la espalda de Ferendir lo estabilizó. Su caída se interrumpió y su humillación se pospuso. Su otro maestro, Desriel, había extendido una mano para detener su caída de espaldas. Al recuperar el equilibrio y plantar los pies en el suelo, con las piernas abiertas para estabilizarse, Ferendir bajó la mirada. En lo más profundo de su ser, enterradas debajo de capas y más capas de preparación física y de la

inculcación mental durante sus años como suplicante del templo de la montaña, sintió el vaivén y el borboteo de las fuerzas de sus emociones, como aguas subterráneas calentadas por fuentes hidrotermales, agitadas por un repentino temblor de las entrañas de la tierra. Vergüenza, alivio, miedo, desprecio por sí mismo... Todo eso estaba tan cerca de la superficie en ese instante horrible, tan presente justo debajo de la máscara de calma que se afanaba en proyectar a sus mentores, que casi podía percibir su sabor amargo en la boca.

«Respira —se ordenó—. Hazlo como te han enseñado. Recupera la compostura. Céntrate. Solo ha sido un traspies... un accidente comprensible.»

Pero ¿se había tratado de eso? Alzó la vista para mirar de nuevo a Serath, que se hallaba lejos, en la cima de la colina.

«Serath nunca tropieza, ¿no? Por eso me mira con tanto desdén, con tanta decepción. Nada de lo que haga será suficiente para él, nunca.»

«Y Desriel. El callado, compasivo y servicial Desriel. Finge muy bien su fe en mí y jamás pierde la paciencia conmigo, por muchos errores que cometa. Pero probablemente se avergüenza de mí en algún aspecto... y también duda de que yo esté a la altura de lo que me espera.»

«La prueba. Mi prueba final.»

«Quizá mi propio final.»

«Para —le repitió esa fría y queda voz interior—. El miedo acabará contigo. Cada cosa a su tiempo. Ahora sube la montaña sin caerte.»

Ferendir se obligó a obedecer la orden de la voz. Continuó respirando con regularidad, conscientemente, contando hacia atrás despacio, inspiRANDO en los números pares y espirando en los impares.

«Inspira. Espira.»

Disminuyó su frecuencia cardíaca. Desaparecieron los leves temblores en las manos y el sudor que las cubría se evaporó.

—¿Continuamos? —preguntó quedamente Desriel.

Ferendir abrió los ojos y escrutó la escarpada pendiente de la ladera. Vio a Serath arriba, impaciente, callado, aún observándolo con un ligero aire de desdén.

—Adelante —dijo Ferendir, y reanudó el ascenso.

Ese día se enfrentaba a su rito final de iniciación como suplicante y acólito de su templo Alarith. No podía permitir que un simple traspies, un estúpido error, echara a perder la calma y la confianza que con tanto esfuerzo había cultivado durante su preparación para ese angustioso

último rito. Debía estar concentrado en el momento presente, estar listo para hacer frente a cualquier cosa y, al mismo tiempo, evitar esperar nada.

Hoy se sometería a la voluntad de la montaña y suplicaría su sacra aprobación.

Hoy iba a ser enterrado vivo.

Si la montaña lo aceptaba, sobreviviría a la dura prueba. Por el contrario, si lo consideraba indigno...

—Nos estamos entreteniendo demasiado —dijo Serath desde arriba.

Ferendir se obligó a no levantar los ojos hacia la mirada reprobatoria de su maestro. Detrás de él, Desriel respondió:

—Paciencia, Serath. Nuestro joven suplicante solo está recobrando la compostura.

—Si hubiera sido cuidadoso con sus pasos —insistió el otro—, si hubiera identificado todos los obstáculos y los hubiera sorteado con destreza, no habría resbalado, ni se habría caído, ni habría perdido la compostura.

Ferendir ya no pudo resistirse más y, sin aminorar el paso, alzó la mirada para fijarla en la de Serath sin importarle el esfuerzo que eso podría implicar.

—Os pido perdón, maestros —dijo el suplicante—. Por favor, continuemos.

Bajó la mirada al sendero y siguió poniendo un pie delante del otro sin decir nada más. Avanzó encorvado por la escarpada pendiente, escoyendo con rapidez pero con cuidado dónde pisaba cada vez.

El terreno en el que se hallaban, en plenas montañas ymetricanas, en el reino de Hysh, era inhóspito, sin apenas árboles, con fríos afloramientos rocosos de color gris pizarra y suelo subalpino seco, del que se alzaba algún que otro árbol imponente que vigilaba el paisaje; aquí y allá había mantos de musgo e islas de juncos. No era difícil encontrar asideros para las manos o puntos de apoyo para los pies, pues siempre había una roca que sobresalía, una raíz o un estrecho saliente de tierra compacta esperándolo. Ferendir se concentraba en encontrar los mejores de ellos, decidido a no volver a resbalar por el simple hecho de no haber examinado concienzudamente dónde apoyaba el pie. Mientras ascendía trabajosamente, a veces utilizaba sus pequeñas y delicadas manos para ayudarse. Aún oía el borboteo del último y turbulento arroyo que habían cruzado antes de emprender la ascensión, mucho más abajo, porque el viento guardaba un silencio sepulcral, estaba mudo como un muerto.

Ferendir miró de reojo a Serath y vio a su estoico mentor todavía detenido arriba. Para disgusto suyo, Serath no se había movido. Su maestro, engalanado con su resplandeciente armadura blanca con grabados dorados, se apoyaba en su mazo pétreo con el mango largo. Tenía una bota plantada encima de una maraña de ramas y troncos inmovilizados entre dos árboles raquíticos, y el estoico Guardia Pétreo observaba desde su posición más elevada a su aprendiz con su habitual cara de reproche. Ferendir no sabía si esa expresión, tan sutil e inescrutable, quería transmitir un desdén absoluto o simplemente compasión. Serath mantuvo la mirada de Ferendir un instante, luego dio media vuelta y reemprendió la ascensión.

Ferendir oyó a su espalda que Desriel se ponía a tararear quedamente una canción lenta y melancólica. Enseguida reconoció la triste melodía, pues era uno de los himnos del templo, una canción sin letra que se enseñaba a todos los siervos de la montaña. Su afligida melodía y su lánguida cadencia estaban pensadas para agudizar los sentidos, contener los pensamientos conscientes y expandir la conciencia personal: una especie de estado de meditación musical útil a la hora de realizar tareas físicas exigentes, tales como ascender por una ladera escarpada y azotada por el viento. Ferendir se sintió tentado de sumarse al tarareo del viejo himno, pues siempre le había gustado la sensación de paz quejumbrosa que agitaba en su interior, pero una parte de él estaba reticente.

Era Serath. A pesar de que tenía puestos todos sus sentidos en su maestro y aguzaba el oído, no le oía cantar. Al parecer, este estaba completamente centrado en el momento presente sin necesidad del poder hipnótico del himno. Así pues, Ferendir, decidido a ganarse el respeto de su estricto maestro, si no su afecto, decidió que haría lo mismo que él y permanecería callado, por mucho que quisiera unirse a Desriel en su canción.

Habían partido a primera hora de la mañana, cuando el crepúsculo de Hysh que pasaba por su noche persistía, y la mayoría de los Guardias Pétreos y de los acólitos del templo aún dormían. Sus maestros llevaban puesta la armadura completa y cargaban sus armas personales: Desriel un elegante martillo de puntadiamantina y Serath un enorme mazo pétreo con el mango largo. Ferendir, quien por su parte debía afrontar la prueba, vestía una túnica de suplicante y solo le habían permitido llevar consigo su gastado bastón de tejo y una pequeña daga. El camino los llevaba en dirección noroeste; era uno de los numerosos senderos angostos

de excursionismo que cruzaban las onduladas cumbres y los profundos valles, y los alejaba del encantador vallecito atestado de árboles en el que se encontraba su templo para llevarlos hacia los densos y penumbrosos bosques que cubrían las laderas de las vertientes occidentales. Después de varias horas siguiendo el estrecho sendero por la ladera, por fin habían llegado a un arroyo rocoso que se precipitaba desde el bosque. Allí dejaron atrás el camino y siguieron las aguas para adentrarse en los sombríos hoyos y los escabrosos barrancos que formaban la accidentada geografía de la montaña. Justo cuando la luz del día volvía a bañar el mundo en su plenitud (la oscuridad de Ulgu por fin menguaba ante el inminente resplandor del Perímetro Hostil), llegaron al borde inferior del cada vez más ralo bosque subalpino que marcaba el comienzo del final de las laderas bajas de la montañas, tan llenas de vida. Mientras que antes el paisaje ondulado y ascendente había estado poblado de altos y frondosos árboles caducos entrelazados, puntiagudos pinos de los sueños que daban sombra a la maleza encrespada y las setas venenosas, el mundo encima del arroyo de repente mostraba signos de cansancio y claudicación. Los árboles crecían cada vez más dispersos, y la hierba y los frondosos helechos eran sustituidos por suelo seco, piedras desnudas y tapetes aislados de musgo esponjoso o tercios juncos.

Ascendieron durante horas. La luz que invadía el ralo bosque era cada vez más brillante, al mismo tiempo que el viento que soplaba desde la cima de la montaña era cada vez más frío e insistente. El mundo apenas se movía, solo un puñado de aves solitarias ofrecían su canto triste desde las últimas sombras que se aferraban debajo de los árboles, mientras les llegaba el ruido de garras arañando las piedras y el sutil susurro del movimiento de pequeños cuerpos. El bosque moribundo, la escarpada ladera, el aire que los envolvía... todo, por muy austero y apagado que pareciera, mostraba señales de que estaba vivo, despierto, hambriento. Esa era una de las lecciones más básicas impartidas a los jóvenes suplicantes del templo de la montaña, o de cualquier templo en realidad.

«Hay vida en todo, deseo en todo, voluntad en todo. A menudo corremos un gran peligro porque olvidamos ese hecho.»

En torno a ellos, los pinos desaparecían. Los únicos árboles que quedaban en la ladera mientras ascendían más y más eran bajos, pálidos y estaban permanentemente inclinados por las rachas de viento que llegaban desde arriba. Esos árboles, escasos y muy separados unos de otros, sin esperanza de crear algo parecido a una verdadera arboleda, se encorvaban

y se torcían sobre la ladera, sin hojas y raídos como estandartes descoloridos por el sol y atrapados eternamente en los frenéticos azotes del viento.

Allí, incluso lo que crecía despacio y aguantando impasiblemente los elementos vivía subyugado por la voluntad implacable de la montaña y sus vientos fríos y furiosos. Al ver ante él la prueba de lo inmisericorde y despiadada que podía llegar a ser la montaña, de repente invadió a Ferendir una sensación que era una mezcla de asombro y de terror por lo que estaba a punto de sufrir.

Buscar los deseos de la montaña y encomendarse a la voluntad de aquella a la que él llamaba su maestra elemental era el único objetivo de la prueba a la que Ferendir se sometería ese día. Por las leyes inmutables del divino Teclis y los principios elementales que su templo consideraba sagrados, Ferendir, como habían hecho cientos antes que él, sería llevado por sus maestros hasta un lugar de soledad y reflexión, un sitio próximo al corazón de la montaña, en la trayectoria directa de los flujos invisibles de la energía profunda y primigenia que irradiaba su alma sublime. Una vez allí, Ferendir cavaría lo que básicamente sería su propia tumba. En esa madriguera lo enterrarían vivo sus maestros. Y allí, bajo el suelo y la roca fría y árida, aplastado de una manera lenta e inexorable por la presencia física de la voluntad y el deseo de la montaña, Ferendir desafiaría la asfixia y una muerte lenta y espantosa en una oscuridad impenetrable, con el fin de ganarse la aprobación de la montaña para ser su servidor el resto de su vida. Si era considerado digno, la montaña no permitiría que muriera; en cambio, le proporcionaría el aire necesario para sobrevivir, de manera que podría volver a alzarse transformado y santificado. Ya no sería un ilusionado suplicante, sino un acólito santificado con todas las de la ley, transformado, consagrado eternamente al servicio y el cuidado de la montaña.

Sin embargo, si la montaña consideraba que una parte de su mente, su cuerpo o su espíritu era indigna, Ferendir moriría.

No había preparación suficiente, ni palabras de sus mentores o de los sumos sacerdotes y la Guardia Pétreá, en la que servía en el templo, capaces de desentrañar el misterio de lo que la montaña le reservaba. La prueba, le habían asegurado, era el único camino que tenía para la iluminación y, asimismo, el único medio para demostrar su potencial. Para convertirse en lo que deseaba debía desafiar la anulación de su existencia. Solo cortejando a la muerte de un modo tan directo y aterrador estimularía su espíritu, aseguraría su valía y recibiría el poder necesario para

seguir adelante, para comenzar la vida de utilidad y servicio que siempre había sido su mayor ilusión.

Detrás de él, Desriel habló:

—¿Ves donde acaba el saliente encima de nosotros? —le preguntó su maestro.

Ferendir alzó la vista y vio un lugar a unos cincuenta metros más arriba, donde los árboles inclinados y dispersos simplemente desaparecían y solo había grandes rocas desnudas, salpicadas de musgo marchito y juncos aún más pequeños y arrugados. A pesar de que el sol brillaba con intensidad sobre el vasto y desértico terreno, Ferendir sabía que allí arriba haría frío, pues el viento que soplaba desde las alturas de las montañas lo era y la tundra no ofrecía ningún lugar donde refugiarse, ni siquiera unos matorrales bajos que frenaran la fuerza arrolladora del viento.

—Lo veo, maestro Desriel.

—Casi hemos llegado a nuestro destino —dijo este relajadamente—. El lugar de tu prueba se encuentra justo detrás de las tierras áridas bajas, al otro lado de ese saliente, en las profundidades de un desfiladero que atraviesa la ladera. Casi se ve la grieta desde aquí, aunque los colores de la piedra la ocultan muy bien.

Ferendir escrutó el paisaje mientras ascendía. Entrecerrando los ojos e imaginando a medias lo que sugerían los colores que se percibían al otro lado de los árboles, le parecía ver lo que su maestro le había descrito, pero no estaba seguro.

—¿Es necesario que lo distraigas? —dijo Serath un poco más arriba, pues se había adelantado y ya casi había llegado al saliente rocoso—. El chico es un suplicante. Deja que descubra las cosas por sí mismo y saque sus propias conclusiones.

—No soy indulgente por darle un poco de información —replicó sin acritud Desriel—. Ferendir puede sacar sus propias conclusiones. Solo estaba proporcionándole algunos datos.

Serath miró fugazmente atrás con el rabillo del ojo sin aminorar el paso.

—Lo mimas demasiado —añadió fríamente, sin emoción, como señalando un hecho. No sonó como una acusación ni una recriminación.

—Tal vez —reconoció Desriel en voz tan baja que quizá solo lo dijo para sí. Tampoco había emoción en el tono de su voz, ni una nota de vergüenza ni de rubor, tan solo la queda confirmación de la sentencia del otro maestro.

Ferendir continuó ascendiendo.

Una parte de él quería volverse hacia Desriel para ver su rostro de facciones afiladas, sus afables ojos castaños, el vago fantasma de una sonrisa acechando en su expresión habitualmente implacable. Pero no lo haría. Si Serath lo descubría buscando consuelo o ánimos en su otro mentor, podría interpretarlo como una señal de debilidad; como un indicador, si bien sutil, de que Ferendir no era lo suficientemente digno para someterse a la prueba final.

«No necesito nada —se dijo Ferendir—. No deseo nada. No espero nada. Voy hacia mi prueba de buen grado, sin miedo, con la única esperanza de que la montaña mire en mi corazón y me considere digno de su confianza y de ponerme a su servicio.»

Esas eran las palabras que se decía para sus adentros, quedamente, cada vez más ansioso por aplacar las emociones que se agitaban y bullían en los rincones más profundos de su conciencia.

Los ánimos y el apoyo que recibía de Desriel eran proporcionales al desprecio y los desafíos que obtenía de Serath. A pesar de que Ferendir siempre había encontrado fuerzas y confianza en el apoyo sereno e inquebrantable del primero, un impulso interior hacía que se esforzara en tratar de impresionar al segundo, en ganarse su respeto y su admiración, en sacarle aunque solo fuera una palabra elogiosa, por muy sutil que esa alabanza pudiera ser. Ferendir sabía que esos sentimientos eran estúpidos, pero una pequeñísima parte enterrada en lo más profundo de su ser siempre parecía considerar ese deseo por recibir el elogio o el apoyo de uno de sus maestros como una traición al otro, a pesar de que su templo dejaba muy claro que todos los suplicantes tenían dos maestros por una razón.

«Esto es Hysh —había dicho el Sumo Magorrocoso hacía ya muchos años, cuando Ferendir no era más que un joven aelfo que empezaba su formación como suplicante en el templo—. Este reino, el reino donde nacimos, es un lugar de equilibrio, de armonía, un lugar donde se concilian los contrarios. De la misma forma que nuestros dioses gemelos, Tyrion y Teclis, encarnan impulsos opuestos unidos para conseguir los fines divinos comunes; al igual que las dos mitades del Gran Mandala expresan esos contrarios en lucha y conciliados, así nuestros maestros os llevarán hasta los extremos de vuestra esencia aún en formación. Ellos serán las fuerzas en pugna que os ayudarán a cada uno de vosotros a poner paz en vuestra guerra interior.»

Así pues, Ferendir supo desde el principio por qué sus dos maestros eran tan diferentes y cómo esa disparidad debería haberlo ayudado a conciliar las dos mitades enfrentadas de su propia esencia. Lo que no había previsto era la extraña sensación de impaciencia y celos que a menudo se apoderaba de él estando bajo su tutelaje, el hecho de que su voluntad nunca se diera por satisfecha, que su deseo siempre volviera a intentarlo, debido a las enseñanzas sutiles e ingeniosas de Desriel. Y sin embargo, cómo ansiaba, incluso exigía, el más leve reconocimiento de su excelencia por parte de Serath. Uno le daba mucho, aunque Ferendir tenía la sensación de que ya había recibido suficiente de él y no necesitaba más, mientras que el otro no le daba nada, y Ferendir hacía todo lo que estuviera en su mano, se arrastraba y se humillaba por el más pequeño y poco entusiasta cumplido. Quería más de ese maestro que se lo negaba todo. Se esforzaba por ser como Serath, por ser digno de él, incluso por ser mejor que él algún día, si bien constantemente se encontraba regresando a Desriel en busca de un reconocimiento de su valía, de su potencial, de su verdadero valor.

No importaba lo mucho que se esforzara por ser independiente y resuelto como Serath, no podía evitar buscar el apoyo y los ánimos del otro.

Por lo tanto, ahora no iba a mirar atrás. Ni volvería a mirar arriba otra vez para comprobar si su estricto maestro estaba observándolo. Se limitaría a seguir ascendiendo. Llegaría a aquel saliente encima de los árboles. Seguiría a sus mentores hasta el desfiladero donde lo aguardaba su destino y una vez allí, aislado del mundo y a merced de la montaña, afrontaría su prueba final.

Y bajo ninguna circunstancia permitiría que Serath supiera lo profundamente aterrado que estaba por lo que pudiera resultar ser esa prueba.

Sabía que era una estupidez dejar que las emociones lo abrumaran. Estaba bastante seguro de que nada de eso se percibía desde fuera. Sin embargo, era imposible negar la furiosa tormenta que arreciaba en su interior. Había recorrido un largo camino desde sus primeros años como joven suplicante, se había repetido una y otra vez que esos sentimientos, y su fracaso a la hora de controlarlos, serían su perdición. Había luchado contra todo eso durante su infancia y su adolescencia, siempre ganándose los elogios y los reconocimientos por su comprensión, su habilidad con la magia y su destreza física, pero también había fracasado siempre a la hora de reprimir sus emociones y extirparles su poder latente para

manipularlo e influir en él. Ahora se encontraba en la cúspide de su madurez, en el umbral de la edad adulta, en el precipicio de su iniciación para convertirse en un Guardia Pétreo del Templo de Alarith, comprometido y dedicado. No obstante, a pesar de todo el valor, la confianza y la perspicacia que sus numerosos años de estudio, trabajo duro y esfuerzo le habían procurado, todavía había una parte pequeña y aislada de Ferendir, una enterrada en lo más profundo de su ser, que ardía con alguna clase de fuerza combustible y agitadora que constantemente atacaba su confianza en sí mismo.

Todos los Lumineth de Hysh estaban entrenados, como lo considerara mejor su orden correspondiente, para dominar las emociones, para buscar siempre soluciones que, antes que nada, fueran las más beneficiosas para el reino y todos sus habitantes, para nunca anteponer sus propios deseos, miedos o insignificantes preferencias a lo que era necesario, a lo que sustentaba la vida y el equilibrio.

Las emociones, les enseñaban, eran el anatema del pensamiento racional, el veneno de la acción correcta y beneficiosa.

Les enseñaban a controlarlas, a no prestarles atención ni a redirigirlas... pero no podían deshacerse de ellas por completo, ¿o sí? Esa era, al parecer, la batalla perpetua de Ferendir: controlar las poderosas y contradictorias fuerzas, completamente inconscientes, que bullían furiosamente en su interior con el fin de poder cumplir con su deber y prestar su servicio.

Emociones como el miedo a fracasar y morir en las entrañas de la montaña.

Emociones como su deseo permanente de complacer a Serath y ganarse su respeto, al mismo tiempo que sentía odio y rencor hacia él por no recibir nunca un mínimo de ese reconocimiento y esos elogios que buscaba de una manera tan desesperada.

Era como si no importara cuántas veces demostrara que estaba a la altura de una tarea, que era digno de una responsabilidad, todavía lo asaltaba de manera inexorable la sensación de que era un impostor, alguien que guardaba el sitio a un paladín anónimo que aún no había aparecido en escena y que ocuparía el lugar que él le había mantenido caliente y preparado.

¿Por qué se sentiría así?, se preguntaba durante sus meditaciones o en los momentos de soledad, cuando era incapaz de conciliar el sueño. ¿Por qué, después todo lo que había conseguido, seguía sospechando (aunque

de una manera sutil y silenciosa) que no era digno de confianza, que no estaba a la altura del reto?

¿Era porque no creía en la confianza que demostraba tener Desriel en él? No. Eso era una tontería. Desriel era la persona más digna de confianza, más formal que Ferendir había conocido en su vida. No sería un Guardia Pétreo tan respetado si su habilidad y su carácter no fueran sumamente fuertes y puros.

¿Era quizá porque Serath siempre parecía decepcionado con él, hacía de menos sus logros y dudaba de su porvenir? Tal vez... Pero eso seguía pareciendo insuficiente para engendrar y alimentar todas las dudas que lo acosaban. Los miedos y los recelos de Ferendir tenían un origen más intrínseco que cualquier castigo que otra persona, incluidos sus maestros, podría infligirle; estaban tan enterrados profundamente dentro de él, tan debajo de la calma que aparentaba, que le costaba imaginar que la actitud de Serath tuviera algo que ver con su creación y su sustento.

Al eliminar esas dos posibilidades quedaba una tercera, mucho más perturbadora: Ferendir, a pesar de sus muchas virtudes y habilidades, carecía del gran componente final que lo elevaría y lo distinguiría, esa alquimia especial de carácter que marcaba la diferencia entre ser un mero suplicante con talento y ganarse por mérito propio un sitio como un Guardia Pétreo con plenos poderes.

En esencia no era indigno. Pero al dudar de sí mismo demostraba su indignidad... porque los dignos jamás dudaban de sí mismos ni de su valía. ¿O sí?

Una paradoja. Y desquiciante, además.

Ferendir lanzó una mirada arriba. Serath había alcanzado el saliente rocoso. Se había detenido justo detrás del desigual borde de la marchita hierba alpina, que se confundía con la superficie de piedra. Su silenciosa impaciencia era sutilmente palpable a pesar de la expresión de su cara, pétrea e inescrutable como la pared de un acantilado. Ferendir se esforzó en recorrer rápidamente el irregular terreno que lo separaba del maestro que lo aguardaba arriba. Se encaramó al saliente y se colocó al lado de este. Desriel apareció enseguida detrás de él.

Estaban de pie, encima de un vasto saliente rocoso que sobresalía de la escarpada ladera hacia la pared más vertical de un desfiladero situada a un par de metros detrás de ellos. Por un momento, los tres aelfos —maestros y alumno— permanecieron callados y exultantes, con el altísimo congosto a sus espaldas; la ladera ralmente arbolada descendía abruptamente a sus

pies. Admiraron la impresionante vista que se desplegaba ante ellos: las píceas y los pinos dispersos, raquíuticos y atrofiados al lado de abedules retorcidos e inclinados que daban paso a las peladas rocas alpinas; el bosque más espeso y oscuro se extendía como un manto verde por las laderas y las colinas de abajo, un vasto valle verde sobre el que saltaban los menguantes espolones de las raíces de las montañas, hasta que la tierra volvía a elevarse hacia la cima de la montaña vecina, situada a mucha distancia. En la vasta extensión que los separaba de la cumbre más cercana, divisaron aves rapaces que volaban en círculo perezosamente sobre las corrientes termales que se alzaban desde el valle de abajo y oyeron los chillidos de un pájaro que la brisa transportó a sus oídos expectantes.

Ferendir estudió la sublime escena, que al mismo tiempo lo atemorizaba y lo tranquilizaba. Aves en vuelo. Brisas suaves que ascendían desde el suelo se entrecruzaban con feroces rachas de viento frío de las alturas, y el mundo que se extendía ante él estaba bañado por la luz dorada del sol hyshiano. A lo lejos, en el otro extremo de la cordillera que se extendía al este, se encontraba su templo, acurrucado en un hermoso vallecito sombrío, encima de un promontorio neblinoso y junto a una cascada. Habían partido de allí hacía solo unas horas, pero ahora daba la sensación de que se hallaban en otro mundo.

Desriel esbozó una sutil sonrisa de satisfacción mientras contemplaba la vista.

—Ennobecedor —afirmó.

—Es hermoso —convino Ferendir.

—Simplemente es —añadió Serath inexpresivamente—. No puede ser de otra manera. Vamos, estamos desperdiciando la luz del sol.

Este dio media vuelta y emprendió una ascensión constante por la angosta pendiente de roca en dirección a la pared del desfiladero. Ahora que habían dejado atrás el bosque, Ferendir por fin consiguió ver su destino: una grieta profunda y estrecha en la roca gris pizarra de la ladera, apenas visible porque la luz y las sombras creaban unos dibujos en la pared del cañón que en cierto modo camuflaban la hendidura. En algún lugar en las profundidades de la ladera lo esperaba su destino.

Ferendir miró a Desriel. Su maestro simplemente movió el brazo de un lado a otro como queriendo decir: «Tú primero, suplicante».

Así pues, echó a caminar detrás de Serath, siguiendo a su maestro de rostro pétreo por la extensión de hierba en dirección a las sombras que lo llamaban desde el desfiladero.

A primera vista, la grieta era estrecha, pero según se adentraban se ensanchaba. A pesar de que era lo suficientemente amplia para que los jinetes del alba la recorrieran tres en fondo, el suelo estaba lleno de rocas de diversos tamaños y montones de piedras sueltas depositados allí por riadas y desprendimientos. Un riachuelo serpenteante y poco profundo borboteaba por el fondo del cañón, por debajo de las rocas grandes y por encima de las pequeñas, si bien en realidad era poco más que una corriente de aguas filtradas. Las paredes del desfiladero se alzaban altas a ambos lados; al llegar a cierta altura se separaban para volver a converger peligrosamente, hasta el punto de que daba la impresión de que se derrumbarían en cualquier momento. Puesto que el desfiladero era tan angosto e irregular, la luz que entraba era escasa. Como consecuencia de ello, el aire era frío y no se movía, y el silencio resultaba opresivo. Pero lo peor de todo era que la grieta, tan sinuosa, impedía a Ferendir ver lo que había delante de él más allá de un puñado de metros. Estuviera en un lugar más o menos profundo, su destino no era visible en aquel paraje infausto.

El aprendiz se obligó a permanecer inmóvil mientras llevaba a cabo una especie de evaluación silenciosa del lugar donde se hallaba. La presencia de todas aquellas piedras sueltas y la ausencia de flora sugería que era un lugar que se había formado recientemente, si bien en las capas del regolito eran visibles cien mil épocas geológicas.

Serath los precedía escogiendo la ruta más directa por el suelo del cañón, por encima de los pedregales y rodeando las rocas que habrían impedido el paso a criaturas inferiores y menos ágiles. Aquí y allá, el riachuelo encontraba depresiones más profundas en el terreno y discurría a lo largo de unos metros como un río propiamente dicho, hasta que la roca de su lecho volvía a elevarse y se convertía de nuevo en una mancha húmeda que corría por el suelo del barranco.

A intervalos, el viento cortante atravesaba el estrecho pasadizo, comprimido y solidificado por las paredes rocosas de ambos lados. Ferendir oía con claridad la voz de la montaña en el viento, pues el angosto pasillo cubierto otorgaba al aire frío una voz propia, que unas veces era un gemido y otras un suspiro lastimero. El camino que recorrían, a un paso lento y constante hacia el interior de la montaña a través de la grieta tan estrecha, tenía un aspecto extraño, pero él sabía que no debía cuestionar la ruta.

No le correspondía al suplicante poner en duda las decisiones de sus maestros. Solo seguirlos.

—Sería negligente —soltó de pronto Serath, marchando delante de Ferendir— si no te preguntara, una última vez, si te sientes a la altura de la prueba que te espera, joven suplicante.

Serath era un tipo extraño. Aun hablando con un tono completamente exento de emoción era capaz de transmitir una ligera sensación de desprecio y condescendencia. Ferendir luchó contra el impulso de darle una respuesta que rebosara vergüenza o ira, y se limitó a buscar en su interior una réplica apropiada.

—La montaña me ha llamado, maestro —dijo Ferendir—. Me ha ordenado que venga al lugar de mi prueba y me someta a su juicio. Esa ha sido mi única aspiración durante todos mis años de formación y servicio. Ella me llama y yo acudo.

—Esa es una actitud encomiable —repuso Desriel detrás de él. En algún lugar, una piedra pequeña cayó desde una gran altura y se precipitó por el desfiladero chocando con las rocas, acompañada por las sonoras reverberaciones de los golpes—. Predigo tu éxito, suplicante. No solo en la prueba de hoy, también en los años venideros.

—No augures nada —terció Serath. A pesar de lo irregular del terreno, a menudo plagado de obstáculos y dificultades, mantenía un paso rápido que incluso el joven Ferendir seguía con dificultad.

—Sopesa las opciones y analiza todos los posibles resultados para prever lo más probable —continuó Serath—. La predicción es un juego de necios... el territorio de los adivinos y de los videntes que no son aelfos. El análisis requiere una combinación de conocimiento y discernimiento... sentido común para juzgar los hechos, eso es todo.

—Así es —repuso Desriel—. Y sin embargo, hay una membrana diáfana que conecta las dos cosas, ¿no estás de acuerdo? Una red, si quieres...

—¿Una red? —preguntó el otro.

—Entre el conocimiento, el discernimiento y el análisis racional se tiende una red de intuición, Serath, la comprensión que conduce a la verdadera visión, al verdadero conocimiento, incluso cuando lo que se ve y lo que se conoce desafía lo racional.

Este se quedó callado un rato largo, sin bajar el ritmo ni mirar atrás en ningún momento. Saltó por encima de unas rocas desprendidas y una pendiente rocosa con el fin de sortear un peñasco inmenso que bloqueaba el paso. Finalmente, justo cuando estaba a punto de desaparecer al otro lado de las piedras desprendidas, dijo:

—Yo pienso que tu intuición es una máscara falsa y personalizada colocada sobre el análisis racional. No se trata de ninguna red, sino de una línea que va de un objeto al siguiente en un camino ininterrumpido de causa y efecto. Nada más.

—Estamos de acuerdo en que discrepamos —dijo Desriel—. Como nos pasa con tanta frecuencia.

Ferendir creyó percibir una sonrisa en la voz de su maestro, aunque apostaba a que si se volvía para mirarlo no vería esa sonrisa.

Por el contrario, Serath no dijo nada.

Cuando el aprendiz se encaramó a la montaña de rocas desprendidas que su maestro acababa de superar, un riguroso mistral se levantó de repente, inclemente, y barrió el estrecho paso rocoso. Su aullido terrible resonó en los oídos de Ferendir y durante un instante desconcertante lo invadió un frío paralizante que hizo que se estremeciera y se detuviera. Olió algo en ese viento, algo... nauseabundo y que no era natural. Si bien no fue capaz de identificar inmediatamente ese hedor, el sutil tufo que transportaba el viento pareció removerlo por dentro y un entusiasmo nervioso se apoderó de él. Su corazón se aceleró repentinamente y sintió una tirantez y una energía temblorosa que partía del centro mismo de su ser y le recorría las extremidades.

Más adelante, en el suelo del cañón, Serath se quedó rígido, con su cuerpo ágil y musculoso preparado para la lucha. Tenía la cabeza ligeramente ladeada y el mentón un poco alzado, como si estuviera escuchando algo al mismo tiempo que olfateaba el aire.

Ferendir oyó el sutil crujido de las blandas botas de piel de Desriel en las piedrecillas sueltas. Se detuvo al lado de su suplicante, inspiró hondo y espiró lentamente.

Él miró a su maestro. Desriel movió a un lado y a otro los ojos dentro de las cuencas oculares para escrutar los estrechos confines del sinuoso desfiladero como si buscara algo oculto entre los salientes rocosos y las escarpadas cornisas.

—¿Maestro? —preguntó Ferendir.

Este no dijo nada y se limitó a sacudir la cabeza en dirección a Serath.

Ferendir miró a su otro maestro. Él los observó con una expresión imperturbable en los ojos entornados. Era evidente que más adelante percibía algo importante... algo inesperado.

—Espacio —dijo Serath, y reanudó la marcha. Mientras caminaba, agarró el martillo largo de metalsolar que daba botes atado con correas a su

espalda. La brutal punta que sobresalía en el extremo opuesto de su terrible cabeza plana destelló al reflejar la débil luz cenicienta que bañaba el cañón.

Desriel también empuñaba el martillo. Ferendir, que en ese momento deseó que su prueba ya hubiera terminado y él blandiera una de esas armas, aferró su bastón de madera de tejo. Una parte de él quería preguntar qué presagiaba ese olor extraño y tan poco natural, que había puesto tan tensos y nerviosos a sus maestros, pero sabía que no debía hacerlo.

«Haz lo que hagan ellos —se recordó—. Sus acciones te dicen todo lo que necesitas saber en cada momento. No malgastes la saliva con conjeturas infundadas...»

Continuaron avanzando.

El desfiladero enseguida torcía bruscamente hacia la izquierda. Justo pasada la curva, dejaron atrás la estrecha garganta para entrar en un amplio recinto cuadrado y sin salida. El espacio, a pesar de estar cercado por las paredes del cañón, era vasto, lo suficiente como para alojar una gran falange de cuarenta por doscientos centinelas auralanos. En el fondo del cañón, el agua de la nieve derretida en las cimas de las montañas corría en regueros por las paredes rocosas y se acumulaba en una charca amplia y poco profunda, y luego fluía desde el cañón como aquel riachuelo continuo que serpenteaba por el camino que Ferendir y sus maestros habían seguido. Arriba, donde las paredes del desfiladero terminaban, una niebla flotaba baja y ocultaba la ladera y las cumbres nevadas que se alzaban por encima de ellos. Serpentinadas de musgo goteante y árboles jóvenes doblados jalonaban las paredes del paso y eran los únicos signos de vida en el por lo demás húmedo y desolado paisaje.

Serath se detuvo en la boca del desfiladero y examinó el cañón que se extendía ante ellos, todavía con los nervios de punta. Ferendir se puso rígido, pero ya no detectaba ese hedor que lo había asaltado mientras trepaba por el montón de piedras un instante antes. Ahora solo percibía el olor fresco de minerales procedente de las aguas que bajaban de las cumbres, el tenue y lejano aroma de los pinos y del suelo margoso mezclado con el intenso y puro olor a roca y piedras húmedas.

Finalmente, Serath pareció satisfecho. Sacudió la cabeza hacia un lado, en dirección a la cascada.

—Por aquí —dijo, y los condujo por la suave pendiente hacia la gran charca de agua oscura situada en el fondo del cañón.

Mientras caminaban, Ferendir estudió el inhóspito paisaje gris que los rodeaba. A pesar de que no veía rastro de fauna, sentía su presencia:

almas pequeñas y furtivas que deambulaban por las sombras oscuras que se extendían bajo las imponentes rocas, garras diminutas que correteaban por los angostos salientes rocosos, aves haciendo nidos en las grietas muy por encima de sus cabezas, mirando abajo con unos ojos negros e implacables mientras se preguntaban qué podrían estar haciendo aquellos intrusos en el habitualmente tranquilo desfiladero donde vivían. En resumen, vida en todas partes, abundante, crispada, impaciente.

—¿Todo el mundo se somete a la prueba en este mismo sitio? —preguntó Ferendir mientras caminaban—. ¿O solo yo voy a hacerlo? ¿Todos vienen aquí en busca de la unción de la montaña, o se eligió este lugar especialmente para mí?

—Eso es irrelevante —respondió Serath por encima del hombro, sin detenerse.

—Son preguntas pertinentes —terció Desriel—. El chico solo quiere saber el cómo y el porqué de lo que está a punto de vivir. Después de todo, algún día podría realizar para otro joven suplicante la misma función que realizamos nosotros hoy para él.

—En ese caso, yo también tengo una pregunta —replicó Serath, todavía sin mirar atrás—. Dime, Ferendir, ¿qué sensación te transmite este lugar?

—¿Qué sensación me transmite, maestro?

—¿Es que tengo que repetirte la pregunta?

El muchacho frunció el ceño.

—Sinceramente, me transmite una sensación de... inquietud —respondió tras meditarlo un momento, haciendo más caso a su intuición que a la lógica—. Nerviosismo e inquietud, como si esperara que ocurriera algo desagradable en cualquier momento. Ese olor que percibimos en la grieta...

Serath se quedó paralizado. Se dio la vuelta y clavó una mirada penetrante en Ferendir.

—¿Tú también lo percibiste?

—Por supuesto —respondió Ferendir, un poco ofendido por el hecho de que su maestro pensara de él que fuera tan obtuso.

—¿Y ahora? —quiso saber Serath.

Ferendir olfateó el aire. En gran medida percibió la miriada de olores del cañón: agua fresca, piedras mojadas, musgo húmedo, suelo arenoso y un ligero aroma a hongos. Sin embargo, había algo más, ¿verdad? Un olor repugnante... amargo...

Algo que no era propio del lugar.

—No estamos solos —aseveró de repente Ferendir.

Serath no dijo nada, se limitó a mirar a Desriel por encima del hombro del joven.

—¿Estás de acuerdo, amigo?

Ferendir se volvió hacia Desriel. Su otro maestro asintió lentamente, mirando en todas direcciones y escrutando las brillantes cumbres y las oscuras sombras del mundo que lo rodeaba.

—Estoy de acuerdo, Serath. Sugiero que nos marchemos.

—¡No! —exclamó Ferendir, que instantáneamente se avergonzó de su reacción emocional a la orden de su maestro.

Los otros dos se lo quedaron mirando, al parecer tan perplejos por su arrebato como él mismo.

—No podemos marcharnos —añadió Ferendir lenta y quedamente—. He venido aquí para someterme a mi prueba, así que eso haré.

—Ten cuidado con lo que deseas, suplicante —le advirtió Serath entornando los ojos—. Los reinos nos conceden lo que más deseamos de maneras inimaginables... de maneras para las que a menudo no estamos preparados.

—Tiene razón —repuso Desriel—. Esto no tiene nada que ver con tu prueba, Ferendir. Aquí ocurre algo muy extraño que contaminará tu prueba. La única opción que tenemos es marcharnos. Vamos.

El maestro se dio la vuelta para regresar sobre sus pasos... pero su retirada ya estaba bloqueada.

Tres extrañas figuras formaban una amplia línea de batalla que obstruía la entrada al estrecho pasadizo que conducía al desfiladero.

Ferendir las miró detenidamente, tratando de comprender lo que veía o creía ver. Las figuras tenían un aspecto vagamente antropoide (dos brazos, dos piernas, cabeza y torso), pero había algo que no estaba bien en ellas, nada bien. El joven se fijó en su piel pálida; en unos ojos negros que no parecían naturales; en su carne encrespada, llena de alfileres y alambres; en sus brillantes y coloridas prendas de seda manchadas de tierra, sudor y humedad; en los destellos de las radiantes joyas y alhajas que engalanaban la ropa y a los propios seres que cubrían.

Y, sin embargo, a pesar de toda su apariencia de seres humanos, las tres criaturas rezumaban bestialidad. Sus manos no eran del todo manos. Sus pies semejaban más bien pezuñas. Tenían una cola que se agitaba a su espalda. Sus rostros estaban desfigurados y transformados por alguna

clase de arte indecente que Ferendir no era capaz de identificar, así que mucho menos podía imaginar su propósito último.

Serath pasó junto a su aprendiz para ponerse hombro con hombro con Desriel.

—Colócate detrás de nosotros, suplicante —susurró.

Las tres figuras situadas en la entrada del cañón avanzaron poco a poco, con despreocupación. Según se acercaban, más terrible le parecía su aspecto a Ferendir. Una sensación de terror y de asombro inundaba al joven aelfo.

—Vaya, vaya —dijo alargando las palabras una de las criaturas—. ¿Qué tenemos aquí?

Movimiento. Ruido de tacones de botas y de pezuñas en las piedras. Ferendir y sus maestros se dieron la vuelta y escrutaron el gran espacio del cañón que se alzaba detrás de ellos.

Eran más de tres las criaturas que bloqueaban la salida.

Estaban rodeados.

A Ezarhad Truncadestinos le molestó que sus secuaces no lo vitorearan, no cantaran alabanzas a su figura ni lo exaltaran mientras se abría paso a través de sus apretadas filas para echar un vistazo desde la atalaya. A fin de cuentas, intentaban pillar por sorpresa a su presa. Un ruido excesivo, incluso por una razón tan justificada como la celebración de su figura por parte de sus siervos, no habría contribuido a conseguir su objetivo último. Solo por esta vez, decidió dejarlo pasar. Ya cantarían sus alabanzas al deseo de sus viles corazones más tarde, cuando se hubieran hecho con la victoria.

Aun así, disfrutaba contemplándolos: una hueste de invasores completa, centenares de entusiastas diablillas y diablos de Slaanesh y hellstriders encorvados, todos ellos hacinados entre las sombras de los altos pinos, poniendo todo su empeño en no hacer ruido, no perder la paciencia ni ser vistos. Su presa estaba justo al otro lado del pequeño valle en el que se encontraban ellos, un templo Alarith que daba la bienvenida al nuevo día hyshiano sin la menor idea de que su destrucción acechaba detrás de la esquina. Si todo se desarrollaba de acuerdo con el plan de Ezarhad (y no tenía ninguna razón para pensar que no fuera a ser así) ese templo sería unas ruinas humeantes dentro de un par de horas y él pondría pies en polvorosa con su botín.

Sus secuaces se inclinaron en silenciosa adoración mientras él pasaba entre ellos. Todos agacharon la cabeza respetuosamente o levantaron sus

brazos deformes y mutados y sus manos inhumanas en señal de súplica. Conscientes de que no podían cantar ni vitorearlo, resoplaban, hacían rechinar los dientes y sonreían de una manera repulsiva a la media luz crepuscular del penumbroso claro donde se congregaban. Agitaban la cola en una demostración de su exaltada adoración. Pies inhumanos aporreaban el suelo, saltaban y danzaban. Ezarhad incluso vio lágrimas de alegría y éxtasis en un puñado de mejillas pálidas, desfiguradas y perforadas por alambres.

«Se extasían al verme —pensó con poca satisfacción—. Soy una maravilla a sus ojos... ¡la razón de su existencia! Y ¿por qué no iba a ser así? Soy Ezarhad Truncadestinos, azote de los Reinos Mortales, el verdadero heredero del Trono Vil de nuestro señor y maestro, el inmortal Slaanesh.»

Lo era... al menos dentro de su cabeza. Sus repugnantes camaradas, Meigant y Astoriss, tenían sus propios proyectos para el título y el trono del aterrador señor... Pobres almas descarriadas. En realidad, Ezarhad estaba convencido de que podía enterrar a ambos... Solo necesitaba una ventaja definitiva e incuestionable.

Y eso era lo que lo había llevado allí, al templo.

Esa ventaja, el primer requisito para su victoria y su salvación definitivas, se encontraba en su interior.

Al levantar sus cuatro musculosos brazos, los brazaletes, los tatuajes y los coloridos pañuelos de seda que los adornaban produjeron una música sutil en el silencio casi absoluto del bosque. Mientras desplegaba su cuerpo, casi tres metros de hermosa carne pálida perforada por un millar de anillos destellantes y con símbolos de hechicería ancestral y blasfemias tatuados desde los pies hasta la cabeza, paseó sus ojos negros y brillantes como el mármol por sus numerosos seguidores y una sensación de verdadera satisfacción lo inundó. ¿Cómo no iban a adorarlo? ¿Acaso no poseía una belleza exquisita? ¿No era una criatura gloriosa?

—Pronto —les prometió Ezarhad en voz tan baja que solo los que estaban más cerca lo oyeron—. Pronto, hijos míos, mis siervos, mis lacayos, todos nuestros apetitos se saciarán. El momento se acerca.

Más resoplidos, risas ahogadas y cuerpos que temblaban de la impaciencia. Como niños. Ezarhad los amaba y los despreciaba a partes iguales.

Durante toda la noche, o lo que pasaba por noche en aquel condenado lugar, habían estado tomando posiciones. Para ser precisos, nunca anohecía, solo oscurecía hasta alcanzar una especie de crepúsculo cuando la luminiscencia inherente del reino menguaba y la oscuridad de Ulgu se imponía durante unas pocas horas. Tal vez cuando ocupara su

sitio como potentado del Caos en ese reino y se apoderara de él, Ezarhad podría hacer algo al respecto. Quizá podría acercar Ulgu un poco más para imponer un crepúsculo más largo y reducir las horas de luz de la Periferia Brillante. Si la incursión de hoy salía como Ezarhad esperaba, sabía que habría muy poco que no fuera capaz de hacer. Solo tenía que echar el guante a esa piedra precio...

Una criatura alta y corpulenta en una armadura incrustada de pieles y huesos humanos se interpuso en el camino de Ezarhad. Era Kraygorn, el señor de la guerra supremo a sus órdenes. El enorme guerrero de Slaanesh hizo una honda reverencia servil. Era casi tan alto como el propio Ezarhad y tenía el rostro deformado, si bien conservaba un vago aire humano a pesar de que recordaba un carnero montés, coronado por un par de cuernos ensortijados.

—Buenos días, mi señor —dijo Kraygorn con su voz grave y sonora—. Espero que hayas descansado bien.

Ezarhad asintió secamente y su señor de la guerra supremo levantó la cabeza.

—Bastante bien —susurró Ezarhad—. ¿El resto de las huestes están en sus puestos?

Este asintió.

—Las hordas se han colocado en los tres lados del templo, mi señor. Los diablos y las diablillas de Slaanesh se han situado en las laderas que hay detrás del templo, los hellstriders y las fuerzas invasoras están en los flancos, mientras que nuestras mejores tropas están aquí, en la parte delantera, preparadas para cargar.

—¿Y nuestros duardin? —preguntó Ezarhad.

—Los zapadores han estado cavando toda la noche, mi señor. De acuerdo con el último informe, están en sus posiciones debajo de la muralla.

«Perfecto.»

Ezarhad asintió satisfecho y siguió caminando, con su espadón incrustado de joyas balanceándose contra su cadera dentro de la funda adornada con gemas y filigranas. El tamaño monstruoso y el porte ominoso de Kraygorn lo convertían en un líder natural entre las hordas caóticas cautivadas por la belleza y la exquisita maldad de Ezarhad, pero había algo en él que hacía que este desconfiara de su señor de la guerra supremo. ¿Sería que tal vez atisbaba en él cierta conciencia de sí mismo? ¿Una pizca casi insignificante y permanente de confianza y de voluntad propia? Tendría que vigilarlo de cerca.

La atalaya estaba justo delante de él, al otro lado de una cortina formada por gruesos pinos. Ezarhad avanzó a través de las hojas y las copas bajas de los árboles y de repente apareció a sus pies, mucho más abajo, el valle inclinado que se extendía entre dos escarpados cerros de la gran montaña que lo albergaba. Enfrente de donde se hallaba ahora, más arriba, una espumosa cascada de agua caía por la pared vertical de un barranco sobre una amplia y turbulenta charca que había encima de un promontorio. Allí, en una hondonada formada por la erosión, el agua se agitaba y arremolinaba antes de caer en cascada por una serie de terrazas inmensas y precipitarse por la suave pendiente del suelo del valle hasta el río que corría abajo.

Allí aguardaba el templo Alarith, silencioso y ajeno a la tenue luz de la primera hora del día, emplazado justo encima de un neblinoso afloramiento rocoso sobre el promontorio en el que se agitaban las aguas. Visto desde la distancia parecía un lugar pacífico, majestuoso, y completamente incapaz de repeler el asalto de las salvajes fuerzas de Ezarhad. Sus altos y puntiagudos tejados y torres se acurrucaban detrás de una gruesa muralla, con una única puerta que permitía la entrada por una estrecha carretera que se aproximaba al umbral bajo los auspicios de la propia muralla.

«Dos mil —pensó Ezarhad, calculando distraídamente el número de bajas que probablemente sufriría su hueste durante la fase de aproximación a la puerta—. Tres mil, tal vez. Da igual. Puedo permitírmelo. Necesito lo que guardan en su interior...»

—¿Tenemos algún indicio claro del número de defensores que hay dentro? —preguntó, dando por sentado que Kraygorn seguía a su lado.

Su mayordomo no tuvo tiempo de responderle porque una figura sombría pareció cobrar forma en la oscuridad que había debajo de los árboles: una esbelta criatura negra que se escabulló como un gato de su escondrijo y se plantó delante del orgulloso y glorioso Ezarhad. Era Tyrirra, su principal rastreadora, exploradora y espía. Sus movimientos eran ágiles, suaves y completamente inhumanos, como si estuviera hecha de volutas de humo, como una noctánima de las llanuras de Shyish. Ella vestía sombras, a diferencia de la mayoría de sus tropas, que se adornaban con joyas destellantes o sedas decadentes, y su habilidad para aparecer de ninguna parte, incluso cuando ni siquiera el propio Ezarhad estaba al tanto de su presencia, lo perturbaba en la misma medida que lo asombraba. Tenía que encontrar una manera de saber

cuándo Tyrirra estaba cerca, preferiblemente una que ella no pudiera contrarrestar ni burlar.

A fin de cuentas, siempre había que mantener a raya a los subordinados.

—Dos docenas, mi señor —dijo ella con un susurro felino—. Podemos estar seguros de que no son más de treinta. Por lo menos la mitad son suplicantes, que todavía no han sido puestos a prueba y están completando su iniciación en la Guardia Pétreo Alarith. Casi no debería ser motivo de preocupación para alguien tan grande y ambicioso como tú.

Halagos. Ezarhad sonrió. Le gustaba recibirlos, sin duda, pero nunca confiaba del todo en ellos. No obstante, Tyrirra era útil y eficaz, así que tendría que hacer todo lo posible para reprimir el impulso de desollarla antes de haber encontrado una prueba de su posible deslealtad.

—En circunstancias normales —dijo él—, un miserable campamento como ese habría merecido todo mi desprecio. Pero estos estúpidos adoradores Pétreos tienen algo que me sería muy útil. Necesito apoderarme de ello, y me da igual cuántos de ellos, o de vosotros, tengan que morir para conseguirlo.

Tyrirra asintió y retrocedió despacio hasta desaparecer de su visión periférica. Ezarhad estudió la escena que se desarrollaba ante sí y sopesó las variables de la estrategia que ya había puesto en práctica. Él permanecería en la retaguardia de la partida que cargaría contra la puerta principal con la intención de abrir una brecha en la muralla. El resto de sus fuerzas asaltarían el templo desde los otros tres flancos, sabedores de que su tarea no consistía en abrir una brecha en los muros ni escalarlos, sino simplemente en mantener ocupados a los defensores mientras la fuerza principal penetraba en el templo. Ezarhad sabía que tendría que sacrificar a muchos mortales y diablillas de Slaanesh, pues los Alarith eran célebres por su ferocidad como guerreros y por su determinación y su tenacidad para proteger las posiciones más indefendibles. Sin embargo, también sabía que solo necesitaba disponer del tiempo suficiente para perforar sus defensas. Tenía unas cuantas sorpresas preparadas para el asalto. Cuando llegara el momento, recurriría a ellas gustosamente.

—Que toquen los cuernos —dijo finalmente.

Kraygorn asintió.

—Tus deseos son órdenes, mi señor.

—Que ataquen primero los flancos y la parte de atrás. Luego nosotros cargaremos contra la puerta principal. Muy pronto estaremos al otro lado de esa muralla, os lo prometo.

Kraygorn ya había transmitido las órdenes. Ezarhad oyó los repugnantes cuernos de los comandantes de su falange, que sonaban en las lejanas colinas que rodeaban el templo Alarith.

«Música para mis oídos —pensó—. Pronto, este reino... todos los Reinos Mortales y las fuerzas del Caos serán míos.»

Ferendir había oído historias sobre los secuaces del Caos desde que era un niño que daba sus primeros pasos hasta el día anterior a la prueba que había ido a realizar al desfiladero. Solo los había visto de cerca un par de veces, y casi siempre cuando ya eran cadáveres tras una victoria de sus compañeros Lumineth sobre los viles invasores. Había oído hablar de los pérfidos discípulos de Tzeentch, de las crueles y enloquecidas legiones de sangre de Khorne, de los repugnantes portadores de putrefacción de Nurgle y, sobre todo, de los hedonitas de Slaanesh, los más odiados y despreciados servidores de los dioses del Caos que amenazaban con infectar su hermoso reino de Hysh. Ahora, mientras observaba a las criaturas que surgían de las sombras entre balanceándose y con paso firme para rodearlos poco a poco, Ferendir no podía afirmar con certeza a qué dios servían, así que mucho menos si eran humanos o demonios. Lo único que veía era una manada salvaje de abominaciones antropoides semihumanas, copias enfermas y deformadas de personas engalanadas con apéndices que no pertenecían a sus cuerpos, vestidas con sedas decadentes, joyas brillantes, oro y plata, a pesar de que sus horripilantes caras y su piel enfermiza dejaban claro que eran cualquier cosa menos seres pertenecientes a la aristocracia.

Las figuras que tenían justo enfrente, bloqueando la salida, eran altas, desgarradas y pálidas, y transmitían una extraña sensación de fuerza y de superioridad a pesar de la enfermedad y la putrefacción que subyacían en su aspecto. Todas iban envueltas en prendas de piel y de seda, con alhajas, pulseras y cadenas de oro y de plata alrededor de las muñecas, los tobillos o colgando como pendientes de sus cuerpos. Y, si bien daban la impresión de que habían sido humanos en algún momento de sus vidas, Ferendir no juraría por el Gran Mandala que seguían siéndolo. Era evidente que habían sufrido numerosos cambios, relacionados con la brujería y la blasfemia, en el transcurso de su dedicación a cualquiera que fuera la deidad a la que seguían.

El varón más adelantado, el que les había hablado, tenía las orejas desplegadas como si fueran unos abanicos, con la carne y el cartílago

recortados y ensartados en una estructura de delgados alfileres clavados en la parte curva del cráneo. La impresión final que daban esas orejas desolladas y tendidas sobre la estructura de alfileres era la de unas espantosas velas que sobresalían a cada lado de su cabeza. Sus ojos eran de un horrible e intenso color rojo, casi negros, como esferas de ébano bañadas en sangre, que giraban salazmente en sus hundidas cuencas oculares y brillaban con una luz maligna y terrible. La criatura torció los finos labios morados y dejó a la vista una muralla de negruzcas encías moradas con hileras entrelazadas de dientes afiladísimos. Estos rechinaban, y la expresión de su cara podía tomarse por una sonrisa o un gruñido amenazador... era imposible saberlo con precisión. Sus compañeros no eran más guapos.

Ferendir echó un vistazo por encima del hombro. Otra media docena de esos extraños seres —desfigurados, malvados, incluso petulantes— había emergido de las sombras que se extendían a los pies de las imponentes paredes del cañón. Era evidente que habían estado esperando a los otros tres y solo revelaban su presencia ahora que Ferendir y sus maestros habían querido retroceder. Conformaban una extraña aglomeración de criaturas vagamente antropoides con facciones que las alejaban de semejante clasificación, como pinzas de crustáceo, manos de seis dedos con dos pulgares y largas uñas negras, o colas bifurcadas que agitaban a su espalda como serpientes impacientes. Uno de esos horribles seres incluso exhibía lo que parecía un aguijón de escorpión que se alzaba desde la base de su espalda y se curvaba sobre ella, de cuya punta colgaba la gota turbia de un horripilante veneno.

Nueve hedonitas. Tres aelfos. Ferendir intentó convencerse de que las fuerzas estaban igualadas.

Desriel mostraba un semblante calmado, impasible, como si lo que había aparecido ante ellos solo fuera un pequeño contratiempo y no una grave amenaza para su existencia. Serath tenía una expresión más dura, con el ceño fruncido y los labios apretados, pero no revelaba más sobre lo que opinaba de la situación que la cara de Desriel. Ferendir reparó, con inquietud, en que cada uno de sus maestros se colocaba a un lado de él para protegerlo con sus cuerpos del probable ataque de los demonios. Estaban preparados para la lucha, ambos armados y enfundados en la armadura completa, pero su aprendiz solo llevaba puesta la túnica de todos los días y sus únicas armas eran un palo largo y un cuchillo apenas lo suficientemente grande para eviscerar pescado.